Esa manzana amarga

de
Ruth Vilar

(fragmento)

NIÑA de once años en el último día de su infancia.
En su voz se entreveran la inocencia luminosa que ya casi se extingue y la punzante lucidez que va suplantándola.

0.
Una placita redonda de cemento. Eso será el lugar en poco tiempo. Eso vemos nosotros. La NIÑA, en cambio, ve aún el edificio condenado a desaparecer y en su interior se mueve. Ve las escaleras, las estancias, los muebles y los libros. Ve a la gente. Cuanto cuenta sucede de veras, aunque para nosotros sea invisible.

1.
Aquí. Tú. Aquí tú dices "Huyamos". Dices "Huyamos" con esa forma tuya de decir las cosas; dices "Huyamos" con aparente desinterés y con un brillo en los ojos; dices "Huyamos" con deliberada ambigüedad y te odio por ello.

2.
Tú, princesa con la piel de aceituna, conquistaste este pueblo de tela de rafia, de silos ruinosos, de tenerías secas. Pisaste el patio de la escuela y dijiste ser jefa de tu tribu en un lugar remoto al que solo se llegaba en autobús de línea. Para nosotras te vestiste de cabecilla, de chico malo, de sacerdotisa de la rebeldía. Nos contaste cómo eran tu patria de extrarradio, tu pandilla salvaje, tus combates feroces contra los peores yonquis navajeros y las victorias que te habían valido el respeto de todos en las calles hostiles, sucias y bulliciosas, de paredes plagadas de pintadas, de botas con puntera de hierro, de camellos y putas y de polis corruptos y de ley del silencio. Desde el principio tu palabra tuvo para nosotras la irrefutable autoridad de la experiencia.

3.
Ya antes de tu llegada, la Pecosa y yo éramos, cada una en su casa, niñas quebradizas que nada más asentían y soñaban. Niñas que pronto habían aprendido que hay que disfrazar de palabras modosas los gritos de auxilio, porque son estridentes y chirrían y alarman innecesariamente a todo el mundo. Que las palabras modosas domestican convenientemente los descarnados gritos de auxilio. Y que solo si el peligro es acuciante cabe gritar una A seca, mayúscula y desnuda, sin el tamiz civilizado de las palabras modosas. A. Pero que de ningún modo esa A debe asemejarse a un torrente turbio que vomitásemos hasta quedar vacías. Si la amenaza se vuelve insoportable, lo más aconsejable es ahogar el grito urgente en una silenciosa mueca trágica de ojos desorbitados y boca desencajada, y esconderla con púdica indolencia tras una mano, como quien oculta un bostezo. ¿Qué sabías tú, en cambio, de gritos contenidos, de gritos acechantes detrás de las palabras? ¿Cuándo te has estrangulado tú la voz, niña de acero dentado que echa chispas?